

Al final el ser para el desconocido, que podría haber sido la desesperación de la perdición, era el regreso que salva porque el Alfa es igualmente el Omega.

Creo firmemente que la novela de Carlos de Macedo traduce en la medida en que de ella se extraen ideas de una filosofía existencialista, un existencialismo teísta. El ser está ante el Dios la Trascendencia —como lo deseaba Jaspers— y por virtud de eso, ese es un Dios Oculto. Y es propio de la Divinidad que el hombre quede siempre, en relación a Ella, en la encrucijada de la duda. Me he acordado irresistiblemente del célebre versículo 23 del Capítulo XVII de las Actas de los Apóstoles, en el cual San Lucas alude a la leyenda de la edícula vista por San Paulo en la Acrópolis de Atenas: “Ignoto Deo” — Al Dios desconocido. Aquel, pues, “que vosotros adoráis sin conocer”. Ese Yo os anuncio”.

Finalmente, el libro de Carlos de Macedo puede llevarnos, fecundamente, a elaborar más un complemento a la metafísica heideggeriana que la entronque en la concepción cristiana de la vida: es que el hombre es un ser que debe, sin duda, morir —pero no es un ser para la muerte sino para el Ignoto Deo y por eso es un “Ser para el desconocido”.

Pues Dios —el Alfa y el Omega— es también de este modo el término final de nuestra existencia transido el hombre (como el profesor Martinho), no por la perspectiva del acabamiento, sino por la posibilidad de perder o ganar la salvación en la Infinitud. Martinho regresó, salvado por la muerte de Augusto —lo que muestra un fondo teológico virtual en el existencialismo.

Acostumbrados, como infelizmente muchas veces nos tornan los escritores portugueses, a una ausencia de cultura que se viste en hueco lirismo, hay que alabar en Carlos de Macedo la producción de una historia de las más modernas tendencias. Por eso, “Ser para o desconhecido” constituye una novela casi siempre equilibrada; ella representa sobre todo un apreciable documento para la meditación del tema, tan de nuestros días, como es el de la angustia, de la desesperación y del destino del hombre.

FERNANDO LUSO SOARES

<https://doi.org/10.29393/At390-112JMGC10112>

*Juan Marín: Novelista*, por GUILLERMO CABRERA LEIVA

Quien no haya leído “Paralelo 53 Sur” o “Viento Negro” se está perdiendo uno de los episodios más dramáticos y elocuentes de la vida latinoamericana: el proceso social de la zona sureña de Chile, donde la naturaleza y los hombres son los rudos protagonistas de una incesante batalla en la que pugnan, con todo su vigor y realismo, las emociones humanas frente a la crueldad del medio.

El Dr. Marín ha sido jefe médico de la marina chilena. En el desempeño de sus tareas tuvo ocasión de constatar, personalmente, cómo viven y piensan los hombres del mar, los obreros portuarios y los comerciantes de pieles de aquella región meridional.

De ahí que sus novelas, especialmente "Paralelo 53 Sur" y su gemela "Viento Negro", logren presentar un cuadro fiel del mundo costero e insular del Chile magallánico. Ambas han sido impresas, recientemente, en renovadas ediciones.

La primera de ellas obtuvo premio en 1936, otorgado por el Municipio de Santiago. Y bien merecido estuvo ese galardón, porque en sus páginas se vive, intensamente, un jirón de la vida chilena. En ella se aprende lo que es que mercader sin alma y sin conciencia, dispuesto a liquidar cruelmente a cuanto ser humano le estorbe en su camino. Allí se conoce, como descrito por mano maestra, el ambiente de los bajos fondos sociales, de la resaca humana que hormiguea por los archipiélagos australes en busca de oro, de pieles o de aventura, y donde alienta, al mismo tiempo, el espíritu de algunos hombre que quieren cosas mejores para el mundo que los rodea y que batallan con violencia por ellas.

Dos pasajes me han emocionado en la lectura de "Paralelo 53 Sur": la descripción del intento de asesinato del luchador sindicalista Salvador Ponce, sumergido a la fuerza en las profundidades del mar para anular su rebeldía; y la intentona revolucionaria de los obreros del petróleo, engañados por los intereses poderosos extranjeros. En el primero hay vuelo imaginativo extraordinario, dominio del vocablo preciso y aguda percepción humana: Salvador Ponce se nos mete en el espíritu con plasticidad elocuentísima y nos parece que salimos con él a la superficie tras una lucha titánica contra la muerte bajo las aguas. En el segundo de los pasajes se retrata, paso a paso, la gestación de una protesta social que cobra ímpetus por momentos y que anuncia la sacudida brutal de toda una estructura de injusticias.

"Viento Negro", como novela de fondo social, es también excelente. Hay más ternura en la descripción de los personajes y más facetas en los cuadros sociales. Parece que brilla más el sol —no obstante el denso título de la obra— y que los horizontes son más anchurosos.

El personaje central de "Viento Negro" es un muchacho del sur de Chile que brota, como espiga robusta de entre un lodazal humano. Es Pedro Espinoza, que sólo ha visto miseria moral y física en derredor suyo. Es el chiquillo que tiene la voluntad férrea de superarse y rebasar el medio provinciano. Es el héroe de Puerto Amargo, para quien hay algo más allá del oro y la carne; para quien la patria y la familia tienen categoría suprema en la escala de los valores.

El Dr. Marín posee un estilo de gran escritor. Sus pinceladas tienen originalidad indiscutible. Lo mismo cuando nos traza los perfiles de un hampón de barrio como el Lagarto, que cuando nos recrea con el sentimiento filial de Pedrito hacia su madre, la desgraciada mujer que no supo más que sufrir.

Estas dos novelas constituyen un sólido aporte al tema social hispanoamericano y algunos de sus matices son de vasto alcance psicológico, y hasta psiquiátrico, nos atreveríamos a decir.